



Capítulo 349 - Contrato de la Reina Bruja

"Eres bastante... perverso", comentó Vergil, levantando una ceja mientras cruzaba los brazos. "Sabes que ella es sólo una niña pequeña, ¿verdad?"

La acusación estaba lejos de ser maliciosa— simplemente era seca, como todo lo que dijo Vergil. Pero llevaba el peso de alguien que vio que allí empezaba a formarse una obsesión. Una obsesión peligrosa.

Los ojos de Seris se abrieron por un momento. Luego soltó una risa nerviosa.

"¡Oh, cielos! ¡No, no, no! Ella agitó la mano, casi tropezando con sus propias palabras. "¡Así no! No con...esa connotación."

Se levantó abruptamente, golpeándose las mejillas con las palmas, como si intentara disipar cualquier sugerencia equivocada que se le hubiera escapado de la boca— o su entusiasmo descontrolado.

"Vergil, por todos los velos del caos, idame algo de crédito!" dijo, con una mueca exagerada. "¡Lo que me entusiasma es el potencial! ¡La maravilla! La belleza de la imposible flexión ante tus ojos. ¡Es como... como ver el nacimiento de una estrella! ¡No quieres tocarlo—sólo quieres ver hasta dónde puede brillar antes de colapsar en una nueva galaxia!"

Giró sobre sus talones y señaló dramáticamente hacia el cielo.

"¡Es arte! ¡Es física arcana trascendental! ¡Es estética mágica! ¡Es poesía cósmica!"





Luego se volvió hacia él, ya luciendo su habitual sonrisa y brillo exótico en sus ojos, como si la pequeña vergüenza no hubiera sido más que un tropiezo estilizado en el espectáculo de su personalidad.

"Además", añadió, ahora con una mirada más aguda y provocativa, "si realmente fuera una pervertida... ¿crees que estaría babeando por una chica?"

Cruzó los brazos, se inclinó hacia delante y sonrió como un gato que había derribado el cristal a propósito.

"Mi gusto es mucho más sofisticado... y peligroso."

Vergil la miró por un segundo, sin sonreír—, pero sus ojos parecieron contener la risa.

"Claro", dijo sarcásticamente. "Es muy reconfortante saberlo."

"¡Genial!" respondió Seris, levantando los brazos teatralmente. "Ahora que hemos limpiado mi nombre —que, admitámoslo, solo quedó manchado artísticamente—, volvamos al punto: la chica es una estrella y quiero verla ascender"

Se sentó de nuevo con un gesto elegante, tirando intacta de la taza de té que todavía flotaba en el aire.

"Entonces, ¿qué tal?" dijo, tomando un sorbo con la elegancia de una noble mujer del caos. "Me permites enseñarle a Alice... y hacemos un trato."





Vergil guardó silencio por unos momentos.

El vapor de la taza de té de Seris se disolvió en el aire enrarecido de ese lugar entre mundos, mientras el viento —si era viento— murmuraba como voces olvidadas alrededor de la mesa de té suspendidas entre las nubes.

Sus ojos estaban fijos en ella. Pero no con juicio. No con desaprobación. Sólo con ese peso incómodo de alguien que sabe que está involucrado en algo mucho más grande de lo que le gustaría.

"Un trato, ¿eh?" Finalmente dijo, con la voz baja y aburrido. "Déjame adivinar... ¿quieres que entregue a la chica, confíe en tu juicio —que es dudoso, por cierto— y observe desde la barrera mientras ella 'trasciende'?"

"¡Ah, qué resumen tan delicioso!" exclamó Seris riéndose. "A excepción de la parte 'cuestionable', me inscribiría de inmediato"

Giró la taza entre sus dedos y la miró como si pudiera ver allí el reflejo del futuro. Su voz bajó un tono—todavía ligera, pero más cuidadosa.

"No quiero posesión. No quiero control. Sólo quiero...estar allí. Como alguien que ve surgir una nueva era y tiene la decencia de no interponerse en su camino. Pero, si es posible...tal vez guíe un poco. Empujar suavemente. Susurra una idea brillante en el momento adecuado. Eso... es todo."

Virgilio entrecerró los ojos. "Eso nunca es todo, tus ojos no engañan."

Seris se rió a carcajadas, sin vergüenza.





-Está bien, me tienes. Soy terrible siendo modesto. ¡Es más fuerte que yo! Pero juro por todas las runas prohibidas de la Biblioteca Oscura: no le robaré su brillo. Sólo quiero verlo iluminarse."

Se inclinó hacia delante, con el rostro serio ahora, pero sin perder esa chispa de excentricidad incrustada en sus ojos color luna.

-Ya soy viejo, Virgilio. Incluso para los estándares de las brujas, he visto mucho, he perdido mucho, he ganado aún más... Y aún así Alice me hace sentir como un aprendiz otra vez. Como si el mundo todavía tuviera cosas que me sorprendieran."

Era incomparable el interés que esa mujer tenía por ello, cómo daría cualquier cosa por escuchar un "sí" de los labios de Virgilio.

Vergil respiró profundamente. Se reclinó en su silla y ahora sus ojos se volvieron hacia el cielo en constante cambio.

"Si acepto este trato... ¿qué me das a cambio?"

Seris sonrió levemente. Ahora sí — el juego estaba empezando.

"Ah, entonces llegamos a la parte divertida" Ella chasqueó los dedos y un pequeño grimorio flotó a su lado. "Te daré...un favor. Uno. De mi parte. Sin restricciones. Sin trucos. Puede ser hoy, mañana o dentro de trescientos años. Llama y vendré."

Vergil levantó una ceja. - ¿Lo prometes? ¿Sin cláusulas ocultas, sin acertijos?





"Soy una bruja, no un demonio." Ella parpadeó. "Cuando doy mi palabra, queda encantado. Literalmente."

Silencio.

Pensó en Alicia. Pensó en sus esposas. De la paz que quería mantener. Del inevitable caos que rodeaba todo lo que involucraba a Seris.

Y aún así...

"Está bien. Hagamos un contrato de alma." La voz de Virgilio cortó el aire como una antigua promesa que se reactiva. Sus ojos brillaban con el morado profundo de la posesión —no sólo poder, sino certeza. Una voracidad contenida, inteligente y fatal.

Él ya sabía exactamente lo que pediría.

Pero primero... necesitaba llevarla más profundamente.

Primero, necesitaba que ella se enamorara de él.

"Ah... así es. "Sigues siendo un demonio." Seris sonrió con un aire casi nostálgico —como si recordara una vieja canción o una cicatriz con una historia.

Con un gesto fluido, casi demasiado elegante para alguien tan peligrosamente inestable, evocó algo de la nada: un pergamino negro, tejido en densas sombras ahumadas, con bordes sellados en runas rojas brillantes.





"El contrato absoluto de la reina bruja", anunció, como si revelara una pieza rara de un juego de mesa cósmico.

A medida que se desenrollaba, las líneas doradas comenzaron a escribirse sobre la tela negra del papel. Las cartas no parecían tinta—parecían recuerdos vivos, ardiendo de significado, como si el universo mismo estuviera escribiendo la cláusula final de un destino inevitable.

Virgilio observó. Inmóvil.

"He oído hablar de este contrato..." pensó... "Contratos blancos. Contratos dorados. Y luego... el Contrato Negro." El más raro. El más peligroso. El único que no pudo ser roto — ni siquiera por los dioses.

Él no sonrió. Pero un recuerdo calentó algo antiguo dentro de él.

Rafaelina. Fue entonces cuando intentó vender a Ada por una espada maldita. Ella dijo que él nunca sería digno ni siquiera de ver el Contrato Negro. Que moriría antes de verlo...

En ese momento ella lo odiaba. Con cada fibra del orgullo demoníaco que una vez tuvo. Hoy, sin embargo... ella es una gatita que ronronea cuando él se acerca.

"Fufufu... Si ella pudiera ver esto ahora..." Casi se rió.

Pero no. Aún no era momento de presumir.





Vergil extendió la mano sobre la mesa, pero sin tocar aún el contrato. Simplemente lo sintió... dejando que la presencia arcana del pergamino le rozara la piel como recordatorio: esto era real. Definitivo.

Y aún así...

"Antes de firmar..." su voz bajó una octava, llevando algo más denso, más antiguo que el odio. "Quiero que sepas algo, Seris."

Ella lo miró con un elegante arco de ceja, pero algo en su sonrisa dudó por un segundo.

"No habrá excusas para negar lo que pido. ¿Verdad? Los ojos morados de Virgilio se fijaron en los suyos como presa en un ritual de caza. "No darás marcha atrás, ¿verdad?"

El contrato continuó redactando sus cláusulas, impasible.

Pero Seris ahora estaba prestando atención. Atención real.

"Soy la Reina de las Brujas, nunca faltaría a mi palabra." Ella sonrió. Una sonrisa tranquila. Dominante.

"Bien..."

